

EL TALLERISMO COMPROMETIDO

Mi poesía se ha impregnado desde sus inicios de la experiencia universitaria. El proyecto de estudiar un año de la carrera fuera de España marcó la temática de mi primer libro titulado precisamente "Preparativos para un viaje". Fui a estudiar a la universidad de Groningen en los Países Bajos durante el curso académico 93/94 del pasado siglo. Pertencí a la segunda generación de las Becas Erasmus que creó por aquel entonces la Comunidad Europea para reforzar el intercambio académico entre alumnos, y que tanto han marcado la formación de muchísimos estudiantes de en las últimas décadas. La ilusión de aquel viaje de estudios para cursar mi penúltimo año de la carrera en la especialidad de historia moderna y contemporánea, modeló una poética vital que fue recogiendo fragmentos de la experiencia misma del aprendizaje. En Groningen comencé a estudiar la cultura Yiddish y a investigar el Holocausto. Hay un poema en mi primer libro que recoge una de mis visitas al campo de concentración de Westerbok. Fue un durante la segunda guerra mundial un campo de detención y tránsito por el que pasaron más de cien mil judíos además de gitanos y otros grupos opositores. Los martes salían de allí los trenes a los campos de exterminio polacos de Auschwitz y Sobibor. Todo está documentado, 65 trenes a Auschwitz con 60.330 prisioneros de los que sólo sobreviven 854. 19 trenes a Sobibor con 34.313 prisioneros de los que sólo sobreviven 18. Era un campo de concentración que para evitar amotinamientos fingía cierta normalidad y tuvo escuela, algunas tiendas para intercambiar productos y un teatro, e incluso una orquesta. Los prisioneros no presentían que estaban en la antesala de la muerte y que aquellos trenes desde los que salían cada martes miles de prisioneros iban directos a los crematorios de los campos polacos. Por allí también pasó Anna Frank con su familia el 8 de agosto de 1944 (les detuvieron el 4 agosto), antes de ser deportada en el último tren que salió a Auschwitz el 3 de septiembre de 1944. De allí pasa al campo alemán de Berge-Belsen en donde muere de tifus poco antes de la liberación de dicho campo. Los archivos documentan que por Westerbok pasaron unos ciento siete mil prisioneros y de ellos sólo sobreviven unos cinco mil. Cuando las tropas canadienses liberan Westerbok sólo encontraron 876 prisioneros vivos. Mi visita al complejo de Westerbok con sus vías de tren y sus archivos documentando minuciosamente las vidas truncadas de todos los prisioneros me marcó, y escribí un poema tratando de expresar el horror y la ansiedad que sentía frente a este penoso episodio de la historia.

EN WESTERBOOK

BESOS y abrazos un día de junio
preparando despedidas.
Me dibujo la cara en el espejo
con barra de labios y pincel de silencio.
Besos de mar aunque apenas existan
en mi boca rincones.

Días de lluvia donde las estrellas vomitan recuerdos
y las estaciones se cortan las venas,
camino despacio, sin ojos ni boca,
porque todo se borra ante el espanto
de lo absurdo.

Es tan pequeño el espacio del miedo
que no lo puedo ver,
pero tan grande la angustia entre los dientes
que se escucha a las mandíbulas
dar golpes diminutos.

Y eran besos y abrazos un día de junio,
confundiendo trenes y autobuses,
viendo un horizonte vestido de negro
entre flores azules.
No sabía donde estaba,
ni quién hizo el paisaje tan triste,
ni por qué las estrellas dibujadas en la piedra
se vestían con seis puntas.

Y cuando lo supe
era un día de lluvia
y tenía la voz entre mis manos,
y lloraba,
lloraba por aquello,
por trenes sin regreso,
por el pasado y por el presente
que se repiten cada día.

Después de aquel curso académico volví a España a terminar la carrera. Estaba decidida a quedarme en la Universidad Autónoma de Madrid a estudiar el doctorado con la Profesora Tere González Calvet, pero ella fallece repentinamente, y yo me quedo desconsolada. Ella era la mentora que me había animado a estudiar en Groningen, y la persona con la que quería trabajar y escribir la tesis. Sin Tere González Calvet, sentía que ya no tenía sentido quedarme en la Universidad Autónoma de Madrid. Por eso, cuando surgió la oportunidad de irme a la Universidad de Ohio en Columbus, no lo dudé. Curiosamente crucé el Atlántico con mi primer poemario publicado bajo el brazo, meses atrás aquel manuscrito lleno de evocaciones viajeras, había ganado el premio Adonais de Poesía de 1994.

Mentiría si dijese que me adapté rápidamente a la vida americana. Mi primer año de escuela graduada en Columbus fue bastante amargo. Todo lo comparaba con mi aventura neerlandesa

en la Universidad de Groningen y lo cómoda que había sido esa vida académica en ese pequeño país europeo que siempre le ha estado ganando terreno al mar. Pero mi tenacidad pudo más que mi desilusión y en Columbus estudié una maestría de dos años y escribí mi segundo poemario: "Los días gemelos". En ese libro intento adaptarme a la nueva vida americana y voy recogiendo la sensación desoladora que me trasmite el país. La ciudad de Columbus, en el estado del Medio Oeste de Ohio, alberga la universidad pública más grande de los Estados Unidos con casi sesenta mil estudiantes y está dedicada a la investigación. América se convirtió en una sensación que me aplastaba, y en ese segundo libro escribí poemas angustiados sobre el nuevo territorio que me acogía. Me sentía extranjera y los versos reflejaban aquella desazón: "Yo vivo en la ciudad/ sin la voz de mi idioma/ y busco en las aceras/rincones familiares, /sabores que no lleven/ la marca de un anuncio/ de comida encargada por catálogo". Así arrancaba la primera estrofa de mi poema titulado "La pequeña América". Continuaba desde un "yo" asustado que no era capaz de reconocer en esa América que pisaba, la América que me había imaginado a través de las películas de mi infancia: "Yo vivo silenciosa/ junto al amanecer de las barriadas sin luz/ y recorro las ruinas/ de un paisaje fugaz/ que tuvo sueños/ en las sábanas blancas de los cines".

A la vez que me enfrentaba a ese paisaje desolador y a su sociedad muchas veces kafkiana, me estaba también formando en la universidad, y buceaba en la experiencia de las bibliotecas paradisiacas donde podía encontrar todos los libros. La poeta seguía creciendo y reflexionaba sobre el proceso creador. Escribí dos poemas "Oficio de creación" y "Madurará tu obra" que recogen esas reflexiones. Pero también, fui formulando perspectivas poéticas sobre el tema de la infancia, un aspecto clave de mi desarrollo como académica comprometida con la realidad social. En los poemas "Las cosas verdaderas" o "Niños perdidos" ya adelanto muchas de las preocupaciones que se expresan en "Juegos de niños" mi tercer poemario.

Después de estudiar una maestría en Columbus me fui a Pittsburgh para estudiar el doctorado. En aquella época, entre 1997 y 2001, Pittsburgh era una ciudad muy intensa, en la que algunos barrios estaban comenzando a sufrir la nueva ola de la gentrificación y sus habitantes eran, en cierto modo, obligados a abandonar esos barrios. Fui testigo del devastador efecto de la gentrificación sobre el Hill Distric, o la pequeña Haití como lo llamaban. Cuando yo trabajaba en la escuelita elemental de Miller por las tardes, ya no quedaban tiendas en esa zona alta de la ciudad. Tomaba dos autobuses desde mi casa en el barrio italiano de Bloomfield y tenía que llevar las bolsas con la merienda para los niños, porque yo ya sabía que en la pequeña Haití habían quitado todas las cosas que pudiera dar sensación de barrio, para que la gente se fuera, y así se pudiera especular con el terreno. El proyecto en el que trabajaba se llamaba Queen Nzinga, y era la asistente de dos maestros del Capoeira Angola (un arte marcial brasileño con raíces africanas) que hacían talleres con los niños. Yo tenía nociones de *Kenpo*, un arte marcial chino que había estudiado en mis años en la universidad autónoma de Madrid, y un temperamento risueño y vitalista que hizo que me seleccionaran para el trabajo. Me tocaba escribir con los niños guiones teatrales que acompañaban a los bailes. Contar la historia de cómo el Capoeira había llegado a ese humilde barrio negro asediado por la violencia y el abandono. Eran talleres que luchaban por preservar esa comunidad y buscaban fórmulas creativas para ilusionar a los niños y reforzar su autoestima. Mi profesor de psicoanálisis de la

Universidad era voluntario en la pequeña clínica gratuita que quedaba en pie. Trabaja con los familiares adultos de aquellos niños, personas pobres tocadas por la desgracia. Allí empecé a conocer en profundidad otra cara de la realidad americana. En los cursos del doctorado crecía intelectualmente, la Universidad de Pittsburgh tiene un elenco de profesores extraordinario y aprendía muchísimas cosas. Desarrollé el entramado teórico de mi tesis sobre el cómic, pero también fui consciente de que los intelectuales teníamos sentido si nos comprometíamos con la sociedad en la que vivíamos. Y comprometerse significaba formar parte de la comunidad y ayudar a los demás compartiendo nuestro talento. Teorizar sobre la injusticia social no era suficiente, había que estar presente, participar en las comunidades que nos rodeaban. Con el proyecto creativo del Capoeira, ayudé a los niños a mejorar su escritura, su creatividad y a desarrollar su talento expresivo. Eran niños en situación de riesgo, que pasaban muchas penalidades. A veces, todas sus comidas dependían de lo que les daban en la escuela. El barrio estaba tocado por la violencia y las drogas, y lo veías en los bordes de las aceras, en esa basura vieja que se mezclaba con las jeringuillas y el papel de plata. Basura que nadie limpiaba porque no pasaban los barrenderos, ni los taxis, era un paisaje inquietante y distópico, con casas abandonas y a punto de derrumbarse y otras que trataban de sostenerse a duras penas. En aquella época empecé a viajar a México y me encontré paisajes parecidos de ciudades en ruinas que agonizaban y todavía agonizan en esos cinturones de pobreza y desamparo donde los niños juegan risueños. Los días que pasé en México se transformaron en poemas que trataban de reflejar aquella realidad:

JUEGOS DE NIÑOS

El tráfico envenena
en los pequeños barrios que cruza la autovía.
Las calles divididas
son ahora afluentes de un gran río de asfalto.
Inmóviles y mudas
digieren su amargura las casas del camino.
Desde la dignidad de sus buhardillas
los niños juegan,
a inventar que los coches son naves espaciales
y que la carretera es una ruta cósmica
donde los mercenarios esperan a sus víctimas.

Soledad y cristales,
ningún niño es visible detrás de las ventanas,
cortinones de tela les sirven de escondite,
su realidad se viste de galaxia lejana.
Sus miedos se parecen al sabor de otros miedos,
sus padres se han perdido,
sus abuelas les cuidan con rezos y suspiros,

y una bala perdida les roza la inocencia
dejando una señal en la pared.

Su niñez se fabrica
con todos los instantes
de una posible muerte,
y el azar silencioso
salvándoles la vida.

MILLER ELEMENTARY SCHOOL

Las aulas están llenas de niños
tocando los tambores.

Cada vez que se equivocan
comienzan otra vez su melodía
de patria imaginada y calurosa
que al barrio resucita.
Las calles son de nieve,
están abandonadas y el asfalto se quiebra.

En la pequeña escuela
los niños se divierten
tocando los tambores.

Ayer nadie murió,
ni las sirenas salieron de su mar.

El aire se quedó
condensado en las manos de los niños
que tocaron al ritmo de otros soles.

Empecé entonces a sentir la infancia como un espacio real que afectaba mi mirada poética y mi forma de entender el presente. A lo largo de los años mis poemas se han ido impregnado de esas infancias devastadas. Trato de ser optimista, creo en la humanidad y la posibilidad de que todos seamos mejores. Pero a la vez entiendo que nos corresponde a nosotros participar y comprometernos con la realidad que nos rodea. Por eso, he ido a lo largo de los años, sumado proyectos donde los niños son el eje fundamental y dan sentido a mi trabajo. También escribo sobre la infancia desde el espacio del análisis académico y, además,

enseño cursos en la universidad centrados en las infancias subalternas (“Lost Childhood: Marginal Children of Latin/o America”).

Quizás el germen de todo esto está en aquellas experiencias en el Hill District de Pittsburgh y en los primeros viajes a México investigando para mi tesis. A la vez que me documentaba para mis ensayos académicos estaba haciendo talleres y lecturas poéticas. Fui visitando diferentes lugares donde compartía mi pasión por la literatura y la creatividad con los niños y los adolescentes.

NIÑOS LOBO

I

Arañas lobo
los días de lluvia
entran por la ranura que hay debajo de las puertas.
El dibujo de su piel,
la pelusilla en tonos grises de su cuerpo
las disfraza de seres feroces.

Niños lobo
los días de lluvia
se esconden en los soportales
de las calles anchas.
Han cruzado dormidos las fronteras
de países en ruinas,
han perdido la infancia
junto a los escaparates de ciudades sin nombre,
no saben que hay recreos
que las palabras pueden convertirse en metáforas,
que el tiempo es una resta
y la vida una suma de esperanzas.

II

Niños de la calle
acarician tus zapatos
para mostrarte el brillo de sus ojos,
y yo que soy ingenua
construyo un pasadizo
de pizarrón verdoso y alfabeto
pronunciando despacio la palabra escuela,
como queriendo ser una maestra
que encuentra a sus alumnos a deshora

en un mundo de patios y escaleras
donde los niños juegan
a ser limpiabotas.

Pero tu voz se desliza
por mi ensoñación de juegos infantiles
y me abre los ojos con cristales,
y se apoya en mi hombro
murmurándome
que esos niños que miro
sólo saben la lección de la miseria,
que nadie les enseña
las letras de sus nombres,
que su vida y su muerte
pasean de la mano
vendiéndonos las rosas
de un jardín lleno de espinas.

A la vez que me involucraba en el activismo comunitario, desarrollaba mi faceta de teórica del cómic. Tal vez el aislamiento americano, en cierto modo me permitía adentrarme en muchas experiencias. Mi primer trabajo como profesora fue en la Universidad Estatal de Appalachian en Carolina del Norte. Allí pasé dos años y medio (desde agosto de 2001 hasta diciembre de 2003), y aprendí mucho sobre las comunidades latinas que trabajaban en las granjas de pollos y los cultivos de tabaco, y la realidad de los adolescentes hijos de muchos de aquellos migrantes. Por otra parte, en mi departamento desarrollamos un currículum académico para formar maestros y creamos una maestría para educadores. Cuando me fui a trabajar en enero de 2004 a Dartmouth College, en el estado de New Hampshire, tenía un mundo de posibilidades académicas frente a mí y una energía casi volcánica. En esa época me junté con el creador de cómics James Sturm que estaba viviendo en un pueblo cercano, en White River Junction, en el estado limítrofe de Vermont para ayudarlo con el plan de crear el Centro de Estudios del Cómic (Center for Cartoon Studies). En pocos años James Sturm con la ayuda de Michelle Ollie, levantó de la nada un MFA (maestría artística) para formar autores de cómics. Mi colaboración durante una década (entre 2004 y 2014), como miembro del Comité Directivo de este centro educativo que funciona con una organización sin ánimo de lucro, me permitió formarme en el espacio de la gestión educativa y el desarrollo de la creatividad. Fuimos pioneros de los llamados proyectos de economía creativa (“creative economy”), que ayudan a revitalizar zonas, ciudades y pueblos, que perdieron su dinamismo. La escuela de cómic en White River hizo renacer el área, y marca un periodo maravilloso en mi etapa profesional. Dartmouth college estaba relativamente cerca, y mientras continuaba con mis cursos e investigaciones Hanover, podía ser testigo, cruzando el Rio Connecticut, de todo lo que estaba pasando con los jóvenes que querían ser creadores de cómic en White River Junction. En aquella etapa viviendo en la zona de Nueva Inglaterra suceden

dos cosas claves que modelan mi experiencia como creadora tallerista. En el otoño de 2007 mi padre, el escritor José María Merino es invitado por Dartmouth College a dar un seminario de escritura de cuento en el departamento de español. Vivir con él un trimestre fue formidable. Tuve la oportunidad de verle en acción con los estudiantes mientras le ayudaba con la logística de la clase del taller de cuento que impartió. Hizo maravillas con los estudiantes, les motivó de una manera sorprendente y logró que escribieran cuentos estupendos. No eran chicos con perfil de escritores, eran jóvenes universitarios que a través de la escritura creativa querían mejorar su español. Por eso ver cómo mi padre adaptaba su experiencia de los talleres de las escuelas de letras de España a ese tipo de perfil me ayudó a entender cómo se podía ampliar el currículum, y cómo dialogaban el campo de la creatividad literaria y el del aprendizaje para fines específicos. Todavía guardo copia del temario de aquel taller de mi padre que tituló “Aproximación al cuento literario”, y que ha sido la base de los talleres de ficción creativa que yo misma he diseñado para la Universidad de Iowa o para la Universidad de San Gallen en Suiza.

En el otoño de 2008 The Center for Cartoon Studies me invitó a impartir el taller de escritura y lectura para los aspirantes a autores de cómic del Master en White River. Tuve entonces la oportunidad de trabajar con el perfil de los creadores de cómic y ayudarles a reforzar su dimensión narrativa y literaria. Un año después me contrataba la Universidad de Iowa para que creara y dirigiera el MFA de Escritura Creativa en español que querían establecer. Mudarme al Medio Oeste fue toda una aventura. Además, aprendía a adaptarme a los tiempos y a la infraestructura de las universidades públicas de investigación estadounidenses. Dartmouth College es privada, y pertenece a la llamada “Liga de la hiedra”, mientras que The University of Iowa es pública y forma parte de las “Big Ten”. Al margen de las categorías y circunstancias técnicas, ir a Iowa City, cuna de los MFA y del *tallerismo* literario anglosajón con su prestigioso “Writers’ Workshop”, me pareció una oportunidad única. Pero también supuso un gran sacrificio. Dejé un trabajo formidable en Dartmouth College donde mi carrera como investigadora del cómic y los estudios de la infancia estaba despegando y había estado llevando a cabo varios proyectos ligados al activismo y al compromiso como parte de la formación pedagógica. En esos años de Dartmouth y White River coincidió el huracán Katrina, y uno de los proyectos que hice fue precisamente ir a Biloxi (MS) en junio de 2007, a la zona donde impactó el ojo del huracán, con un grupo de voluntarios a colaborar con “Hands On Gulf Coast” a dar apoyo en las tareas de recuperación. A la vez que colaboraba en la logística cotidiana de los voluntarios, ofrecía clases a los niños migrantes que estaban teniendo dificultades para integrarse. Al año siguiente fui con un grupo de estudiantes a la República Dominicana para colaborar en unos proyectos con la comunidad Haitiana migrante que trabajaba en pésimas condiciones en los “batéis” de caña de azúcar. También en esa época fui mucho a México a recabar información sobre la realidad de los niños en situación de riesgo y abandono que vivían bajo la tutela del DIF (Centros de Desarrollo Integral de la Familia).

Cuando me ofrecieron la posibilidad de desarrollar el MFA de Iowa pensé que era fundamental que aquel proyecto de escritura creativa tuviera un componente de activismo social claro. Que la creatividad y los talleres tocaran a la comunidad que los rodeaba, y que los

escritores compartieran esa pasión por la lectura y la escritura con los niños y los adolescentes de las comunidades hispanas. A la vez que fui creando, desde mi llegada a Iowa City en agosto de 2009, todo el currículum académico, los talleres técnicos y el plan de estudios del Master de Escritura, para que fuera aprobado por los diferentes organismos de la universidad, incluidos los llamados “Regens” del estado; diseñé y fundé el “Spanish Creative Literacy Project” donde los niños y los adolescentes han sido la prioridad en los talleres y otras actividades comunitarias que llevamos haciendo desde 2010. No podía entender la creatividad como profesión, sin ese aspecto comprometido del tallerismo social. El escritor era intelectual que tenía que dialogar con su presente y compartir su pasión creativa con el entorno que le rodeaba. Quería alejarme de esa idea del escritor endiosado en su torre de marfil. De ese concepto del escritor como producto de consumo con el que la industria editorial juega en su búsqueda de autores superventas. Ser escritor conllevaba aspectos de vida comprometida con el presente. No todos estaban con mi idea, realmente fui la única de mis colegas escritores del MFA de español que se lanzó a desarrollar ese *tallerismo comprometido*. Afortunadamente la poeta Dora Malech que había salido *Writers Workshop* de poesía, pensaba de la misma forma y estaba creando un programa llamado el *Writers Youth Project*, y se juntó con mi proyecto a colaborar. Los años que Dora vivió en Iowa City me acompañó a muchos de los talleres infantiles de la escuelita Lemme con los niños Latinos. Ella no tenía demasiadas nociones de español, pero creía en mi proyecto y nos sirvió para desarrollar materiales conjuntos y profundizar en las posibilidades de la creatividad con niños usando cómics y realizando diferentes actividades.

Uno de los retos, a la hora de construir el MFA de escritura creativa en español, fue el de definir claramente la idea del “multitallerismo”. Por un lado, al ser un programa Universitario estaba el componente institucional de las materias regladas. El MFA forma parte del Departamento de español y portugués, y los estudiantes deben tomar cuatro cursos de corte académico con los profesores investigadores. Luego está la parte fundamental de los talleres que deben ser variados y permitir que el estudiante experimente la creación desde diferentes géneros. Todos toman talleres de poesía y ficción y también de no-ficción o de teatro que solemos ofrecer con regularidad. También he ofrecido varias veces el de cómic, y en una de esas ocasiones, los estudiantes de Iowa hicieron colaboraciones con los estudiantes del Center for Cartoon Studies, aquel estupendo experimento se convirtió en un dossier sobre cómics para la revista digital Iowa Literaria . Hay además un taller abierto para reforzar el desarrollo de un proyecto que puede ser de cualquier género. Al final todos toman entre 7 u 8 talleres y se gradúan con una tesis creativa. La tesis, que debe contener materiales *tallereados* durante los dos años en Iowa, se defiende frente a un comité de al menos tres miembros: un director y dos lectores.

Como la Universidad de Iowa es un lugar muy especial con variados y prestigiosos programas creativos en inglés, nuestros estudiantes tienen además la oportunidad de tomar cuatro cursos fuera de nuestro departamento. Normalmente eligen seminarios del Workshop, o de no-ficción y talleres del MFA de traducción literaria. La parte más intensa de mi gestión es coordinar las admisiones con un comité evaluador y asegurar fondos para que todos nuestros estudiantes admitidos tengan financiación con ayudantías o becas. Muchas veces me toca adaptar los materiales de las solicitudes de aspirantes iberoamericanos al sistema

estadounidense para que sean perfiles competitivos y puedan ser evaluados por comités externos. Nuestro MFA es en español, pero la universidad lo gestiona todo en inglés por lo que me paso muchas horas escribiendo informes y cartas en inglés.

Me gusta enseñar talleres, crear y diseñar el de poesía me ayudó a ordenar mi propia mirada como poeta. Elaborar actividades para perfiles variados de escritores que no necesariamente quieren ser poetas, o han leído poesía, pero que gracias a nuestro taller experimentan con esa posibilidad. El taller de teatro también es muy especial porque empecé a escribir teatro precisamente en Iowa City, y allí también pude estrenar “La redención”, mi tercera obra de teatro, con un montaje que incluía en su elenco a los miembros de la comunidad, y que seguía dialogando con la idea del *tallerismo* comprometido.

La universidad puede ser un espacio literario muy potente y yo he tenido la suerte y el privilegio de vivir y participar de lleno la gesta intelectual que construye el MFA de escritura en español de Iowa City. Me ilusiona pensar que los escritores que pasan por aquí puedan experimentar la aventura creativa universitaria de una forma abierta y comprometida. Al menos así entiendo yo la idea del *tallerismo* y lo que significa ser un escritor que comparte con los demás su proceso creativo y aspira a que la literatura llegue a todas partes.

ANA MERINO

Ana Merino, es catedrática en el departamento de Español y Portugués de la Universidad de Iowa, Estados Unidos, donde dirige el MFA de escritura creativa en español de dicha universidad. Ha publicado nueve poemarios: *Preparativos para un viaje* (Premio Adonais 1994; Edit. Rialp 1995, 2a edic Reino de Cordelia 2013), *Los días gemelos* (Edit. Visor 1997), *La voz de los relojes* (Edit. Visor 2000), *Juegos de niños* (Premio Fray Luis de León, Edit. Visor 2003), *Compañera de celda* (Edit. Visor 2006), *Curación* (Edit. Visor 2010, Accésit Premio Jaime Gil de Biedma), *Los buenos propósitos* (Edit. Visor, 2015) y los infantiles *Hagamos caso al tigre* (Edit. Anaya, 2010) y *El viaje del vikingo soñador* (Edit. Santillana, 2015). También es autora de la novela juvenil *El hombre de los dos corazones* (Edit. Anaya 2009), cuentos en antologías, el álbum infantil *Martina y los piojos* (Edit. Rimpego, 2017) y las obras de teatro, *Amor: muy frágil* (Edit. Reino de Cordelia, 2013) -que dirigió y estrenó en Zúrich en 2012-, *Las decepciones* (Edit. Literal /Conaculta, 2014), *La redención* (Edit. Reino de Cordelia, 2016)-que codirigió y estrenó en Iowa City en 2017-, y la infantil *Salvemos al elefante* (Edit. Santillana, 2017). Tiene además los libros académicos *Diez ensayos para pensar el cómic* (Eolas/Univ de León, 2017), *El Cómic Hispánico* (Edit. Cátedra, 2003) y una monografía crítica, *Chris Ware: La secuencia circular* (Edit. Sinsentido, 2005). Por sus artículos breves sobre cómics recibió el Premio Diario de Avisos, por su Tribuna “Mujer con abanico” recibió el Accésit del premio Carmen de Burgos de divulgación feminista de la Universidad de Málaga, y ha comisariado cuatro exposiciones sobre cómics. Colabora en *El País* con artículos de opinión.

Contacto: ana-merino@uiowa.edu